

leston y algunos puntos menos importantes; y su jefe había manifestado varias veces la disposición del gobierno británico á tratar de la paz con todas las potencias, y ante todo á reconciliarse con los Americanos. El congreso mismo deseaba restablecer la paz; pero mientras estaban inciertas las condiciones, velaba sobre la defensa de la patria y los medios de sostener con honor sus derechos. La Inglaterra solo había dado á los Estados-Unidos el nombre de colonias ó plantaciones de América, en las primeras proposiciones de paz que les hizo: esto era espresar aun pretensiones á la supremacía, y era preciso que se la obligase á renunciarlas. Por otra parte se sabía que la Inglaterra, tratando de negociar aisladamente con cada uno de sus enemigos, había ya probado de reconciliarse con la Holanda por medio de la Rusia, y que había hecho otras proposiciones de paz á la España y á la Francia. Si hubiese conseguido romper un primer lazo de la alianza formada contra ella, era de temer que se mostrase menos conciliadora con los demás beligerantes.

Las circunstancias pues eran aun difíciles, y los Estados Unidos daban aun grande estimación á la cooperación de la Francia; le dieron en estos momentos de crisis pruebas constantes de su sinceridad, y apesar de los grandes embarazos de su hacienda, reconocieron y consagraron, por un convenio de 26 de julio de 1782, las obligaciones pecuniarias que habían contraído con ella. La Francia les había prestado en diferentes épocas, desde la conclusión de su tratado de alianza, una suma de diez y ocho millones de francos: se había hecho garante de un empréstito de diez millones que habían negociado en Holanda: hasta les había hecho los adelantos, y su disposición amistosa hacía ella se reconoció tambien en los arreglos que hizo para fijar el modo y términos de los reembolsos. Consintió en solo recobrar por doze y anualidades los diez y ocho millones que había prestado: el primer plazo de este pago solo debía empezar tres años despues de firmada la

paz; y la Francia les hizo gracia de todos los intereses hasta el día en que aquella se firmase, y convino tambien en que no cobraría sino por décimos, desde 5 de noviembre de 1787, los diez millones que había garantizado y adelantado.

El empréstito hecho por los Estados Unidos en Amsterdam, solo tenía el carácter de un simple contrato concluido con negociantes, y no establecía aun relaciones políticas entre los dos pueblos, pero las preparaba: John Adams, enviado plenipotenciario americano en Holanda, supo aprovechar con habilidad esta primera ventaja, para lograr de los estados jenerales que reconociesen la independencia de los Estados Unidos. Esta declaración se hizo el 19 de abril de 1782, y luego propuso el negociador un tratado de amistad y comercio.

John Adams hizo valer al principio el respeto y reserva que habían inducido á los Americanos á no querer arrastrar en su querrela á un pueblo que deseaba conservar la paz y la neutralidad, y que esperaba con esto formar un principio de prosperidad y grandeza. Pero cuando la Inglaterra había ya empezado bruscamente sus hostilidades, y las posesiones holandesas eran atacadas por todos lados, el congreso ya no tenía motivo para diferir una union y enlace de intereses tan deseados por ambas repúblicas. Los Americanos tenían gusto en recordar que los primeros colonos del Massachusett y los estados vecinos, habían hallado en Holanda un asilo contra las persecuciones religiosas, antes de pasar al nuevo mundo: la memoria de esta protección y hospitalidad movía aun su reconocimiento. El Nuevo York y el Nuevo Jersey habían recibido de la Holanda sus primeros habitantes: habían vivido bajo sus leyes, y sus costumbres conservaban numerosas señales de este origen. Tenemos placer, decia John Adams, en reconocer que los hombres que fundaron la independencia de las Provincias Unidas, son los que se han propuesto por modelos los Americanos: ambas naciones tienen formas análogas de

dades entre ambas potencias.

LIBRO UNDÉCIMO.

CONVENIOS PRELIMINARES Y TRATADOS DE PAZ CONCLUIDOS POR LA INGLATERRA CON LOS ESTADOS-UNIDOS, LA FRANCIA, LA ESPAÑA Y LA HOLANDA.—LICENCIAMIENTO DEL EJÉRCITO AMERICANO Y RENUNCIA DE WASHINGTON.—CREACION DE LA SOCIEDAD DE CINCINNATUS.—FORMACION DE MUCHOS ESTADOS AL OCCIDENTE DE LOS APALACHES.—TRATADOS CON LOS INDIOS.—REVISION DEL PACTO FEDERAL.—PRESIDENCIA DE WASHINGTON Y PRIMEROS ACTOS DE SU ADMINISTRACION.

Los tratados de paz que finalizaron la guerra de América, ofrecieron grandes lecciones á los gobiernos y á los pueblos. Hasta entonces no se había visto en sus sangrientos debates mas que luchas de ambicion, conquistas y pérdidas de territorio; las naciones adictas á su suelo cambiaban frecuentemente sus señores, y los hombres y el terreno seguían una suerte comun. Aquí se llama á un nuevo pueblo á la existencia; va á constituirse y á darse leyes, y de este principio de vida y de independencia van á nacer grandes instituciones que se extenderán, sin intervalos, á las comarcas vecinas, y que engrandecerán el dominio y poder de la confederacion americana.

La Inglaterra reconoció la libertad, la soberanía y la independencia de los Estados Unidos, en el convenio que hizo con ellos el 30 de noviembre de 1782. Su territorio, cuyos límites se señalaron, fué separado de la Nueva Escocia por el rio de Santa Cruz y del Canadá, por la cadena de alturas que dividen el vertiente de las aguas entre el Océano Atlántico y el rio San Lorenzo. Despues de haber llegado esta línea al manantial del Connecticut, debía seguir su curso hasta el grado cuarenta y cinco de latitud, y dirigirse luego hacia el oeste hasta el San Lorenzo: subiría el alveo de este rio, atravesaría todos los grandes lagos de orien-

gobierno: se parecen por la conformidad de las creencias religiosas, por la libertad de conciencias, por la de opiniones y de industria, y por un movimiento progresivo hacia todas mejoras. La historia de un pueblo es igual á la del otro: no hay en Holanda hombre alguno ilustrado que no apruebe las causas de la independencia americana: si las condenase temería que negaba las acciones mas gloriosas de sus antepasados.

Además une á los dos pueblos el gran interés del comercio, vínculo tan poderoso de las relaciones nacionales. La Holanda ha apurado sus recursos en el movimiento de su navegación, en la actividad de sus negociantes, y la abundancia de sus capitales: este comercio le es necesario, y los Estados Unidos favorecerán su desarrollo con las riquezas de su territorio y la variedad de sus cambios.

Todas estas consideraciones, presentadas con arte por los negociadores americanos, determinaron á la Holanda á concluir, el 8 de octubre, un tratado de amistad y de comercio con los Estados Unidos; sus bases fueron parecidas á las de su convenio con la Francia, y en él se consagraron tambien los derechos de los neutrales, de la libre navegación y del pabellon.

Durante esto, se observaba por todas partes una tendencia jeneral hacia el restablecimiento de la paz; las negociaciones empezadas entre los beligerantes, hacían progresos de día en día; la seguridad empezaba á renacer, y en América se apresuraban á licenciar una parte del ejército. Las tropas británicas acababan de abandonar á Charleston; ya solo ocupaban Nueva York y algunos apostaderos vecinos al Hudson, y en el continente americano no se necesitaba ya el cuerpo de ejército del conde de Rochambeau, que había empezado su embarque. Finalmente se allanaron todas las dificultades de este arreglo, y el 30 de noviembre de 1782, los plenipotenciarios de la Inglaterra y de los Estados Unidos, firmaron en Paris un convenio preliminar, que iba á poner un término á las hostili-

te á occidente, y se estenderia hasta el noroeste del lago de Bois. De aquí deberia pasar al Misisipi, que serviria de demarcacion hasta el grado treinta y uno; y se fijaria el limite del sud, entre los Estados-Unidos y la Florida, por una línea trazada de occidente á oriente, desde este rio hasta el de Apalachicola; se bajaria este rio hasta su confluente con el Flint; y se alcanzarian en línea recta las fuentes del rio Santa María, cuyo curso se seguiria hasta el Océano Atlántico.

Les pertenecian todas las islas situadas á veinte leguas de las costas de los Estados-Unidos, esceptuando las que hasta entónces habian sido comprendidas en los limites de la Nueva Escocia.

Los Estados-Unidos continuarian gozando del derecho de pesca en todos los bancos de Terranova, como igualmente en el golfo de San Lorenzo, y en todos los demás lugares en que habian habitualmente ejercido la pesca los Ingleses y los Americanos.

Se devolverian á los súbditos británicos sus propiedades y bienes confiscados; no se les perseguiria de ningun modo en sus personas ni en sus bienes á los que hubiesen tomado parte en aquella guerra.

La paz seria perpetua; debian inmediatamente cesar las hostilidades por mar y por tierra; se entregarian los prisioneros hechos por ambas partes; no se haria esclavo alguno; la Inglaterra retiraria sus ejércitos, sus guarniciones y sus escuadras, y dejaria en las fortalezas la artilleria americana que en ellas se encontraba.

La navegacion del Misisipi, desde su orijen hasta su embocadura, quedaria libremente abierta á los habitantes de ambos paises; se restituirian todas las conquistas que se habrian hecho, antes que llegase á América la noticia de la paz.

Este convenio, hecho por los Estados-Unidos, solo debia tener su efecto cuando se hubieran tambien fijado las bases de un tratado entre la Francia y la Gran Bretaña; pero las negociaciones de ambas potencias hacian prever este próximo resulta-

do, y el 20 de enero de 1783, firmaron sus plenipotenciarios los artículos preliminares de la paz.

La Francia, que habia tenido por objeto el establecimiento de la independencia americana, habia procurado en todas las operaciones de la guerra no complicar esta cuestion principal con expedicion alguna al norte de los Estados-Unidos, ninguna tentativa habia hecho ni contra la Acadia, ni contra el Canadá. Resuelta á renunciar para siempre á estas dos colonias, que habia perdido en las guerras anteriores, no queria sustituir una guerra de ambicion á la que habia emprendido en favor de la causa de sus primeros aliados: y cuando los Americanos concibieron el proyecto de intentar una invasion en el Canadá, é hicieron invitar al gobierno francés á cooperar con sus fuerzas navales á esta expedicion, no accedió este gobierno á la proposicion que se le habia hecho; se pasaba, lo mismo que Washington, de la inmensa confusion que naceria de semejante agresion. Estender el teatro de la guerra no habria sido preservar á los Estados-Unidos de todos sus azotes, habria sido debilitar en su propio pais una defensa tan penosa. Los hombres que incitaban á la Francia á esta nueva expedicion, no abrazaban en su pensamiento toda la estension de sus obligaciones para con sus aliados, ni todas las medidas que una política prudente debia prescribirle con respecto tambien á sus enemigos: le convenia no esponer á nuevos riesgos los resultados de sus primeras ventajas, y no amenazar, en el continente de América, dos grandes posesiones inglesas que se habian mantenido estrañas á las insurreccion de los Estados-Unidos. Atacarlas, hubiera sido reanimar en Inglaterra el deseo de prolongar la guerra contra la Francia.

Efectivamente podemos notar que cuando se firmaron los preliminares de la paz entre la Inglaterra y los Estados Unidos, habia enteramente cambiado la opinion pública con respecto á las colonias emancipadas; habia caído el antiguo ministerio; habia prevalecido el partido de la

oposicion, y la elocuencia de Fox habia conseguido un glorioso triunfo, volviendo á traer la paz entre los pueblos de la vieja Inglaterra y sus jenerosos descendientes: hasta se prevenian ya los frutos que se podrian recojer de esta reconciliacion y de la prosperidad comercial de una nacion independiente, cuyo orijen era el mismo. Pero los hombres que se reconciliaban con los Estados Unidos, aun no perdouaban á la Francia el haberse unido á su causa; se habia abrazado tantas veces la ocasion de empeñar con ella una lucha nacional, que los partidarios de esta guerra habrian sido aun sostenidos por la opinion, si hubiesen podido representar á la Francia como dispuesta á disputar á la Inglaterra sus últimas posesiones en el continente de América.

El gobierno francés tuvo la prudencia de jamás perder de vista el objeto por el cual habia emprendido la guerra, hizo servir noblemente para los intereses de sus aliados las ventajas que habia conseguido; reclamó para sí pocas indemnizaciones, y la jenerosidad de sus estipulaciones honró su política, como la guerra habia honrado sus armas. Un grande imperio acababa de ser fundado en medio del estremecimiento del mundo entero; esto bastaba para la Francia: no deseaba mas que salir bien de haber calmado tantas agitaciones.

Se decretó que tan pronto como estuviesen firmados y ratificados los preliminares, se enviaria á todas las partes del mundo la orden de cesar las hostilidades.

Conservó la Francia el derecho de pesca, al norte y al occidente de Terranova, desde el cabo San Juan hasta el cabo Rayo; poseyó con entera propiedad las islas de San Pedro y de Miquelon: se fijó la suerte de las Antillas: restituyó la Inglaterra á la Francia la isla de Santa Lucia, y le cedió la de Tabago; pero se le devolvieron las islas de la Granada, de San Vicente, de la Dominica, de Nevis y de Mont Serrat, que se le habian conquistado durante la guerra.

En Africa, las factorías y fuertes, situados en el rio del Senegal, fueron cedidos y afianzados á la Francia, se le entregó la isla de Gorea, y la Inglaterra quedó poseyendo el fuerte James y el rio de Gambia.

En las Indias Orientales, restituyó el gobierno británico á la Francia Chandernagor y demás establecimientos en la costa de Oriza, Pondichery y Karical, en la costa de Coromandel, Mahe, en la de Malabar, y la factoria de Surata, al noroeste de la India. La Francia, al volver á entrar en estos dominios, prometió tambien restituir las ciudades y los territorios de que se hubiesen apoderado sus armas en las Indias Orientales.

Se estipuló formalmente la anulacion de todos los artículos que habian limitado sus derechos de soberania sobre Dunquerque: ambas potencias resolvieron establecer sus relaciones comerciales en bases de reciprocidad y de una conveniencia mutua; finalmente se señalaron los términos en que debian tener lugar las restituciones de territorios y los plazos, pasados los cuales se considerarian como ilegales, y deberian ser restituidas las presas hechas en alta mar. Estos plazos fueron de doce dias en los mares del Norte y en la Mancha, de un mes en las aguas mas meridionales y hasta las islas Canarias, de dos meses hasta el ecuador, y de cinco meses en todas las demás partes del mundo.

El mismo dia que la Inglaterra firmaba este arreglo con la Francia, restablecia tambien con la corte de Madrid sus relaciones de paz. La España conservaba la isla de Menorca, gloriosamente conquistada durante la guerra, y adquiria la entera posesion de las dos Floridas, de que ya habia recobrado una parte. Los Ingleses podrian libremente comerciar con el palo campeche, en un distrito de la costa de Honduras, cuyos limites se fijarian; volverian á poseer el archipiélago de Bahama, y por ambas partes se devolverian las demás conquistas que se hubiesen hecho.

Solo hasta mucho despues se po-

dian saber en las Indias Orientales las negociaciones que la Inglaterra acababa de arreglar con la Francia y la España. Allí se proseguían con ardor las operaciones de la guerra; y no debemos pasar en silencio las hazañas de los hombres valientes que fueron empleados hasta su término en aquella lucha penosa, pero gloriosa.

El baillío de Suffren se aprovechaba de la conquista de Trincomale y de la de Goudelour, para hostigar en las aguas de Ceylan y de Comandel las fuerzas navales del enemigo; pero la guerra iba á pasar al continente; el ejército de tierra de los Ingleses habia recibido nuevos refuerzos; una parte de las tropas que habian empleado anteriormente contra los indijenas, estaba disponible, desde la muerte de Aider-Ali, y desde que su hijo Tippoo-Saib se habia alejado de las costas del Comandel para defender las de Malabar. Entonces formaron los Ingleses el proyecto de atacar á Goudelour, y el jeneral Stuart fué á poner sitio á esta plaza con cinco mil soldados europeos y nueve mil Cipayos.

La guarnicion francesa se hallaba reducida á la mitad de este número; pero á pesar de esta inferioridad, el jeneral Bussy que la mandaba estableció su campamento entre las murallas y el ejército británico. El 27 de junio tuvo lugar una acción muy empeñada, y por ambas partes se combatió con intrepidez. Citarémos entre los mas brillantes hechos de armas una carga del regimiento de Austrasia. Primeramente habia atacado con sumo valor un cuerpo de tropas inglesas, y haciéndolas retirar á su presencia, habia estendido su persecucion bastante lejos, para que otra columna enemiga pudiese rodear su posicion. Cuando quiso volver á unirse el ejército, observó su valiente jefe que le habian cortado la retirada. «Soldados, gritó, acordaos que sois los hijos de la Champaña.» Estas palabras, este recuerdo animan aun su valor; se arrojan con ímpetu sobre el enemigo, lo arrollan, lo destro-

zan, y recobran á la bayoneta su línea de batalla.

De resultas de este combate memorable, las tropas francesas volvieron á entrar en Goudelour, y los Ingleses conservaron fuera de la plaza algunas posiciones de que se habian apoderado.

La escuadra británica se habia visto precisada á ganar el alta mar de resultas de otro combate que Suffren le habia dado; y la guarnicion de Goudelour, favorecida por algunas tropas, sacadas de los buques franceses, se preparaba á volver á tomar la ofensiva, cuando la llegada de una fragata inglesa, salida de Madrás el 27 de agosto con pabellon parlamentario, llevó la noticia de la cesacion de las hostilidades y del restablecimiento de la paz, cuyos preliminares estaban firmados en Europa hacia mas de siete meses.

Aun en este tiempo no gozaba la Holanda de los beneficios de una reconciliacion; pero el 2 de setiembre siguiente se establecieron sus bases. Conservó todas las colonias que le habian quedado durante la guerra ó que los Franceses habian reconquistado para ella; pero no pudo conseguir de la Inglaterra la restitucion de Negapatnam; y el gobierno británico se limitó á prometerle la devolucion de esta ciudad, por vía de cambio, y cuando podria conseguir un equivalente. Aunque estas disposiciones fuesen evasivas y dejasen poca esperanza á la Holanda, sin embargo prefirió la paz á una prolongacion de hostilidades que le podia ser mas funesta.

Entonces se encontraron pacificadas todas las potencias que habian estado en guerra con la Gran Bretaña, y pudieron pensar en curar las heridas que habian recibido en medio de los reveses y triunfos.

Los Estados Unidos se habian aprovechado de los primeros momentos de la paz, para estender á Europa sus relaciones de comercio, cuyos principios estaban ya fijados por sus tratados con la Francia y la Holanda; habian abierto con la Suecia negociaciones análogas; y el 3 de



Monument de Bunker's-hill.

Monumento de Brunker's-Hill.

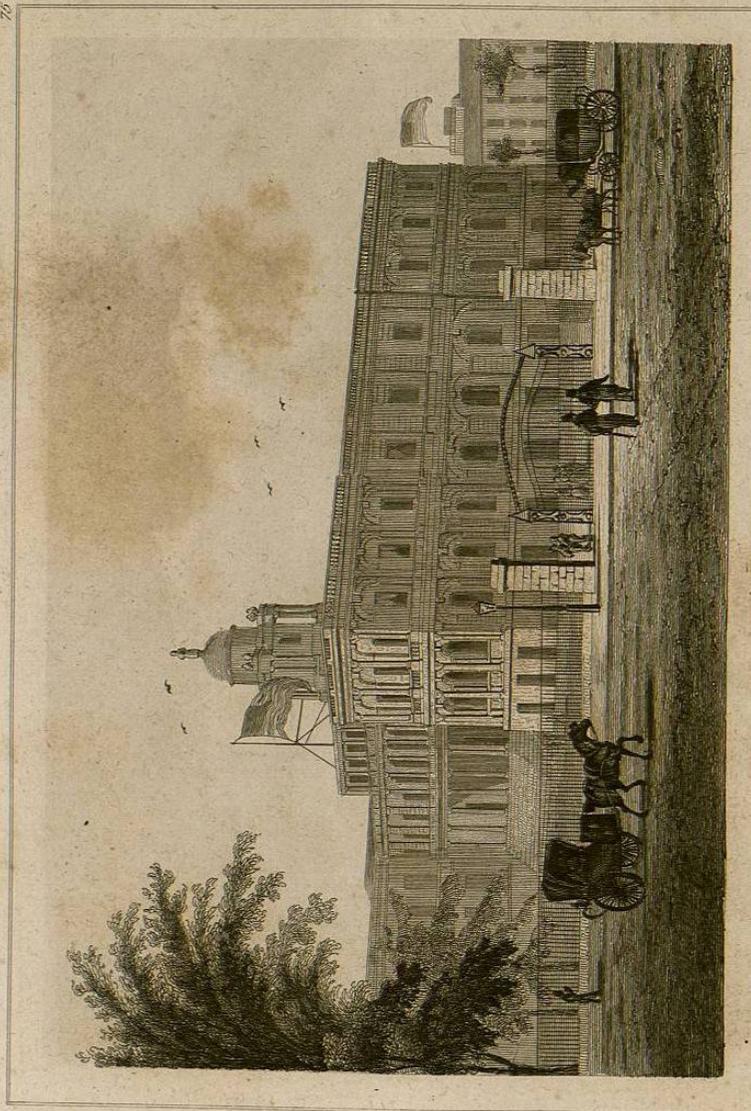


Arms del.

Traverser de

Museum de Philadelphia.

Museo de Filadelfia.

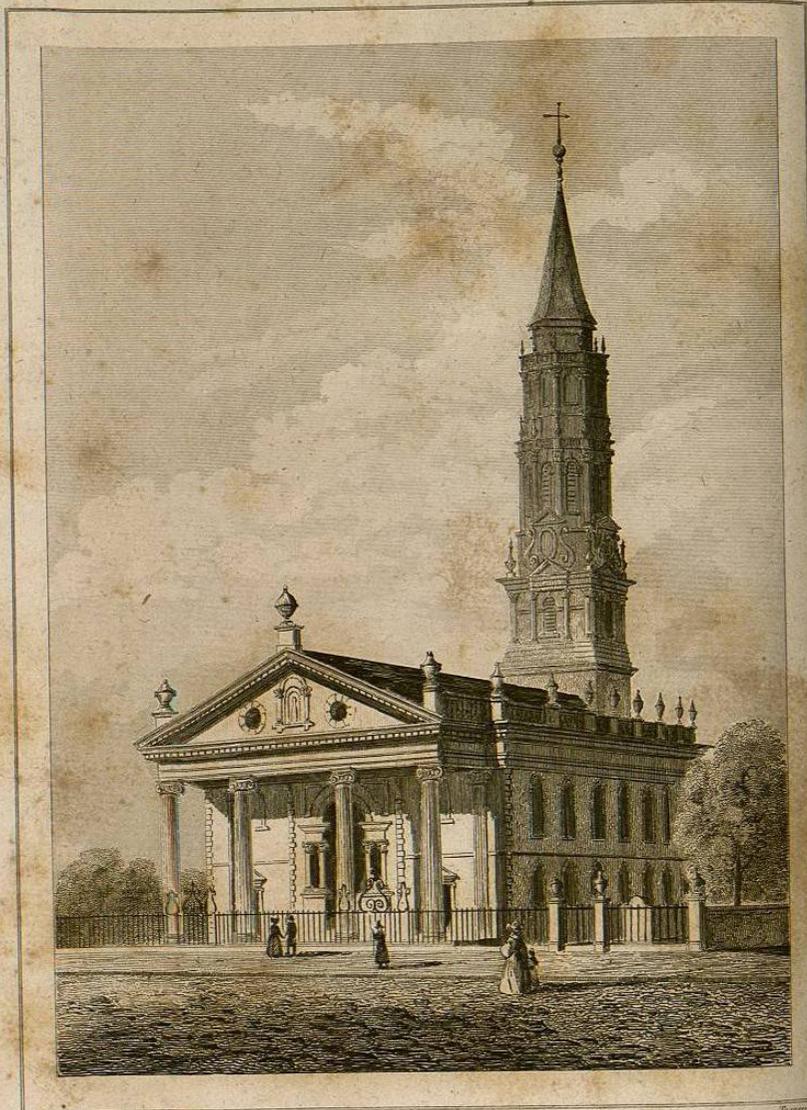


Arms del.

Traverser de

Consulate de New York.

Casa Consistorial en Nueva York.



Eglise S. Paul à New-York.

Iglesia de San Pablo, en Nueva-York.

abril de 1783 se había concluido un tratado de amistad y de comercio entre las dos potencias. En él se estipularon, como igualmente en los anteriores convenios, los derechos del pabellon y los de los neutrales, la libertad de sus relaciones en tiempos de guerra, escepto para los artículos de contrabando, y todas las ventajas de navegacion y comercio de que pudiese gozar la nacion mas favorecida.

En efecto, la posesion de estos privilejios y de estas franquicias debía ser el objeto principal de un gobierno que tenia que crear la prosperidad de su pais y que queria fundarla en las bases mas sólidas. El pueblo americano, separándose de una nacion activa y laboriosa, había permanecido fiel á sus primeros hábitos y á las reglas fundamentales que debian algun dia constituir su grandeza. La libertad de opinion y de conciencia, la del trabajo y de la industria eran consagradas por todas las instituciones civiles, políticas y relijiosas que había adoptado: este pueblo reconoció luego la necesidad de unir á ellas la libertad de navegar, y la del comercio con el esterior. Con todas estas ventajas iba á formar el principio de su fuerza: pero antes de gozar de este desarrollo feliz, tenia que pasar aun por algunas crisis penosas, que había originado una larga guerra, y podian aun rodearle de nuevos peligros.

El espíritu de amotinamiento que algunas veces había obrado en el ejército, había podido ser comprimido durante la guerra por el sentimiento del peligro público y del deber que pesaba por esto sobre el patriotismo y el valor: pero asegurada otra vez la paz, se rompieron los vínculos de su disciplina, los hombres que habían servido constantemente, reclamaron los atrasos del sueldo que se les debía, y alguna garantía de las obligaciones contraídas con ellos para asegurar su suerte. Consumiendo en servicio del estado la flor de su vida, la mayor parte estaban imposibilitados para seguir otra carrera: la costumbre

de los campamentos disuade de las ocupaciones sedentarias; priva de los recursos que á ellas van anexas, y constituye para la patria un deber de asegurar la suerte futura á los que la han defendido.

Estas opiniones se propagaban en el ejército; y como las deliberaciones de un cuerpo indispensable y convencido de su fuerza, fácilmente se vuelven turbulentas, el lenguaje de los descontentos se hizo sedicioso. Se debian reunir el 15 de marzo de 1782: se había convocado para ello á todos los oficiales por medio de una circular anónima, y se quejaban de la ingratitud del congreso para con ellos. «Van á renacer los benéficos frutos de la paz, pero solamente para los que se aprovechan de vuestras fatigas y no escuchan vuestras quejas. Si siendo necesarios para la defensa comun vuestros servicios no os han atendido, ¿creis que desarmados y cubiertos de heridas os escucharán mejor? Tendreis que envejeceros en la miseria, y solo contar con los recursos que os ofrezca la compasion de los hombres por quienes os habeis sacrificado.

Quejas tan vehementes eran propias para irritar todavía mas los ánimos. Washington no se opuso al plan que tenian los oficiales de enviar una diputacion al congreso, para apelar á su justicia y reclamar la realizacion de sus promesas; pero supo moderar sus deliberaciones, y retenerles en los límites de su deber. Deciales: «Yo he sido compañero de vuestros padecimientos; he gozado de los elogios que merecis; los intereses vuestros son los míos. ¿Seriais capaces de amenazar hoy dia á la patria que habeis defendido, y consentiriais en empañar, abandonando su causa, una reputacion tan heroicamente adquirida? En nombre de vuestro honor, os suplico encarecidamente rechaceis consejos que nos conducirian á la guerra civil, y confieis enteramente en la sabiduria del congreso, que conoce vuestros servicios, y no los puede olvidar.»

Esta reunion, en medio de sus deliberaciones mas acaloradas, no po-